

La maceta de Pío



Texto: Mireia Vidal

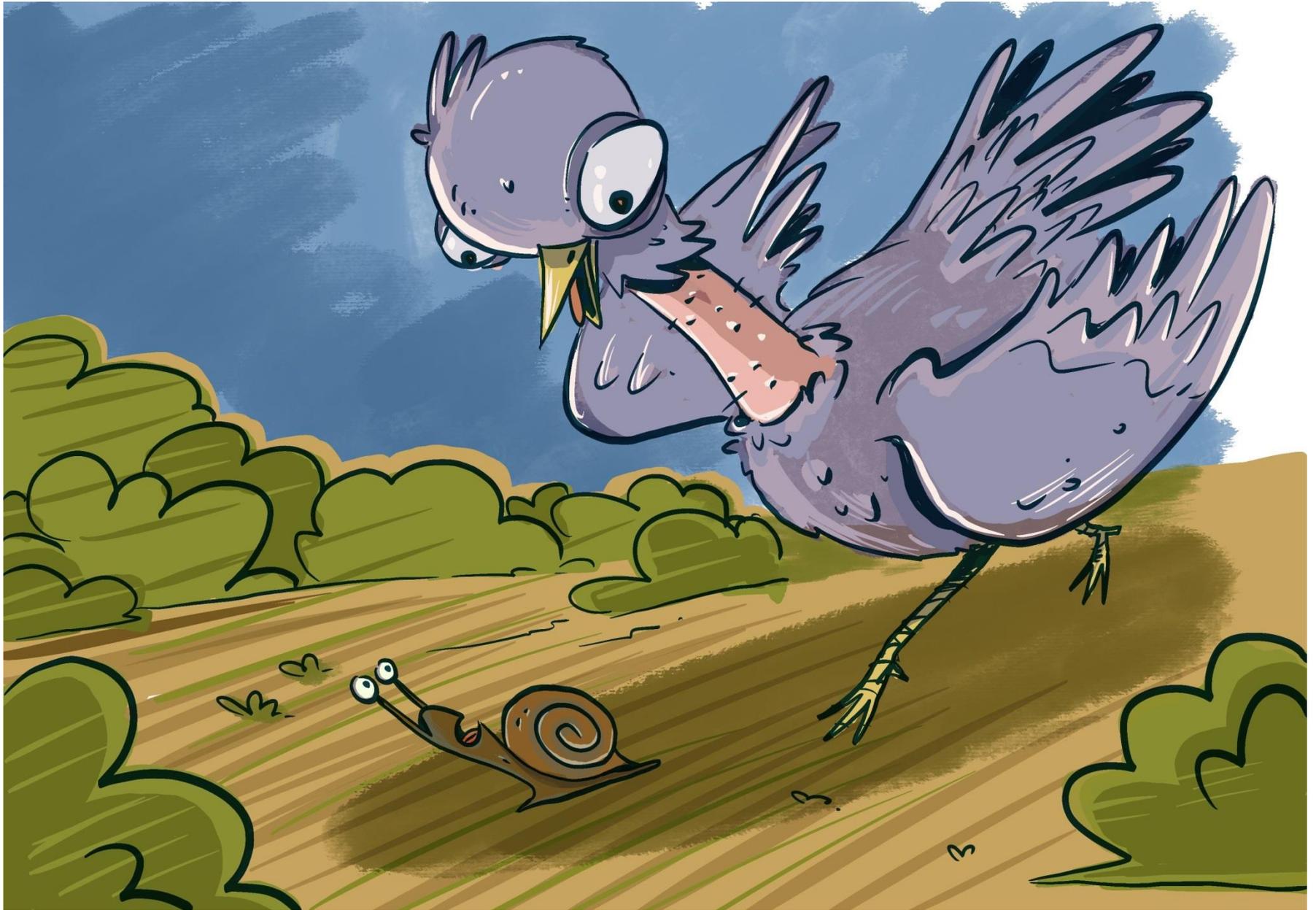
Ilustraciones: David Carretero

Pío es un caracol que vive en una maceta. Le gusta su maceta y es lo suficientemente grande como para tener una lechuga, un poco de menta, unas ramitas de tomillo y un geranio terco que se empeña en brotar cada año. Pío está de fábula en su maceta, pero un día que el geranio decidió crecer casi un palmo, Pío trepó hasta arriba y vio algo que no había visto nunca. Por primera vez consiguió levantar el tentáculo más allá de los barrotes del balcón y vio el jardín que había más allá. Qué bonita se veía la hierba fresca. Tan bonita, que Pío ya no pudo dejar de observarla.

Desde aquel día se pasaba las horas observando el jardín con plantas y flores que no había visto nunca. *¿Qué sabor deben tener aquellas flores amarillas? ¿Y dónde debe ir a parar ese tronco tan alto?* Pío ya no podía dejar de mirar aquel jardín inmenso que se extendía ante él y se pasaba el día subido al geranio que ahora le parecía raquítico y poca cosa. Solo por las noches, cuando los tentáculos se le doblaban por el cansancio, Pío bajaba por el tallo seco y se acurrucaba bajo la lechuga y se escondía en la concha. Entonces, soñaba que resbalaba por aquel jardín tan verde y se divertía probando cada brizna de hierba. Pero el pío-pío de un pájaro lo despertaba cada mañana, y cuando sacaba la cabeza por el agujero de la concha, descubría que permanecía en su maceta. Aquella maceta... que ahora le parecía pequeña y fea donde solo había una lechuga, un poco de menta, unas ramitas de tomillo y un geranio terco que apenas conseguía crecer un palmo cada año.

Pío no sabía porqué, pero de repente ya no se encontraba tan bien en su maceta, así que decidió irse. Quería conocer las maravillas que se escondían en ese jardín y, se puso en marcha: comió un poco de lechuga para tener la barriga llena y comenzó el largo viaje.

Pero no es sencillo el viaje de un caracol. Tuvo que arrastrarse mucho para poder bajar por los barrotes del balcón, subirse a un par de baldosas, cruzar el asfalto caliente de una acera y finalmente, cuando creía que ya no podía más, notó la frialdad de la hierba húmeda debajo. ¡Había llegado! Y aquella hierba que se extendía ante él era aún más bonita de lo que había soñado. Allí donde mirara el color verde no se acababa nunca, y Pío decidió que quería probar cada una de esas ramitas de hierba. Pero cuando llevaba unas cuantas mordeduras, ya no podía más, y estaba tan cansado que se dejó caer junto a unos capullos a medio florecer, acurrucándose feliz en su caparazón.



Al día siguiente, no fue el pío-pío del gorrión lo que lo despertó, sino un hedor insoportable. *¿Qué es esto?* Se preguntó Pío molesto. Y asomándose del caparazón notó el calor de una boñiga recién hecha a su lado. *Ecs*, pensó. *¿De quién era?* Pero no tuvo que esperar mucho en encontrar la respuesta porque a continuación notó el aliento caliente de un perro curioso que la olía.

El pobre Pío nunca había visto una criatura como aquella, y de poco le arranca el tentáculo si no se apresura a esconderse dentro del caparazón. El animal ladró y Pío casi se muere del susto con ese sonido ensordecedor. Pero por suerte, el perro no tardó en alejarse y Pío aún esperó un buen rato antes de atreverse a volver a asomar la cabeza.

Cuando lo hizo, apenas había conseguido arrastrarse medio palmo que una bola enorme le pasó por encima y aterrizó a su lado. *¿Y ahora qué ocurre?*, exclamó horrorizado. E inmediatamente unas columnas sucias aparecieron corriendo y por poco no lo aplastan. Eran unas piernas, pero sin ni siquiera tiempo para poderlo comprobar sintió un pinchazo en el cuerpo e inmediatamente la bola y él salieron disparados.

Ocho vueltas hizo hasta que cayó al suelo. Y suerte tuvo de no haber sido aplastado por la bola que fue a parar un poco más allá. Aparecieron más piernas, y Pío pudo ver que se trataba de un grupo de niños y niñas que jugaban a pelota. De pronto, aquel jardín se convirtió en un inmenso campo de peligros y todavía se asustó más cuando una paloma sucia y medio coja comenzó a picotearlo. Pío tuvo que arrastrarse tan deprisa como pudo para esconderse detrás de una piedra, y allí se quedó hasta que oscureció.

El pobre Pío tenía frío, miedo y hambre. Y por más hierba que había a su alrededor él solo pensaba en su lechuga. Qué frescas eran sus hojas y de pronto recordó la sombra agradable que proyectaba en verano su menta. También pensó en el tomillo que le decoraba el paisaje con sus flores lilas, pero lo que más añoraba era su geranio. Aquel tronco viejo y retorcido que se empeñaba en florecer, pero que cada primavera le llenaba la maceta de flores y lo dejaba trepar por su tallo para poder ver el mundo.

Acurrucado detrás una piedra, Pío recordaba triste qué feliz era en su maceta. ¿De qué le servía aquel jardín inmenso si no era su casa? De pronto comprendió como lo añoraba, y haciendo de tripas corazón, se atrevió a sacar los tentáculos y comenzó a deshacer el camino hacia su balcón.

Le costó esquivar pies, perros y pelotas. No pudo evitar embadurnarse con la boñiga de un perro y aún tuvo que sentir la meada de una paloma que le salpicó la concha. Pero después de horas de arrastrarse creyendo que no llegaría, por fin sintió la frialdad de los barrotes de su balcón. Al otro lado estaba su casa. Una maceta pequeña pero lo suficientemente grande para contener todo lo que quería y que era su mundo. Poco a poco arrastró la concha hasta la punta de su geranio y se dejó caer agotado por el tallo hasta la tierra. Entonces, cansado y sucio, cerró los ojos y se durmió.



No fue hasta el día siguiente que sintió el pío-pío del gorrión y se despertó. Sacó los tentáculos curioso, y sonrió tranquilo al ver de nuevo su lechuga, la pequeña menta, las ramitas de tomillo y el geranio terco. Entonces, trepó por el tallo, y mirando allá observó el jardín. Aún se veía verde e inmenso, y era cierto que era bonito. Pero girando el cuerno hacia abajo, observó su maceta y sintió que aquel pedacito de tierra era especial. Era el trocito que siempre había querido, y de pronto se dio cuenta feliz que aquel sentimiento era más inmenso y más bonito que cualquier jardín.

Fin

FAROS

La guía de la salud y el bienestar para tus hijos



Los cuentos de la abuela es un recopilación de cuentos que el Observatorio de la Infancia y la Adolescencia FAROS pone al alcance a través de su página web (<http://faros.hsjdbcn.org/>) con el objetivo de fomentar la lectura y difundir valores y hábitos saludables en la población infantil.

FAROS es un proyecto impulsado por el Hospital Sant Joan de Déu Barcelona con el objetivo de promover la salud infantil y difundir conocimiento de calidad y actualidad en este ámbito.



SJD

Sant Joan de Déu
Barcelona · Hospital